



La Voz del Amo



STANISŁAW LEM

*Traducción del polaco a cargo de
Abel Murcia y Katarzyna Mołoniwicz*



IMPEDIMENTA



Título original: *Głos Pana*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2017

Copyright © Tomasz Lem, 2016

Copyright de la traducción © Abel Murcia y Katarzyna Mołoniewicz, 2017

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

<http://www.lem.pl>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-78-9

Depósito Legal: M-5259-2017

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA A LA EDICIÓN ORIGINAL

Este libro reproduce un manuscrito hallado entre los papeles póstumos del profesor Peter E. Hogarth. Ese gran cerebro no alcanzó, por desgracia, a preparar y cerrar definitivamente un manuscrito en el que llevaba largo tiempo trabajando. La enfermedad que lo llevó a la tumba se lo impidió. El profesor abordó este proyecto, para él excepcional, por mero sentido del deber, más que por su propio deseo, y no gustaba de comentarlo con nadie, ni siquiera con sus más allegados, entre los cuales tengo el honor de encontrarme. Por este motivo, al iniciar las tareas preliminares de preparación del manuscrito para el editor, surgieron ciertas imprecisiones y cuestiones controvertidas. Para ser fiel a la verdad, debería señalar que en el círculo de personas familiarizadas con el texto se alzaron voces contrarias a su publicación, que al parecer se encontraría lejos de las intenciones del difunto, si bien no se conserva ninguna declaración escrita en ese

sentido, y cabe pensar que esas consideraciones carecen de fundamento. Sí quedaba claro, sin embargo, que la obra no había sido concluida, puesto que carecía de título. Además, únicamente resultó posible encontrar un fragmento suelto, en forma de borrador, que podía hacer las veces —y ahí radican las mayores dudas— tanto de introducción como de epílogo del libro.

Como amigo designado por el testador y como colega del finado, me decidí finalmente a convertir ese fragmento, esencial para la comprensión del texto en su totalidad, en el prefacio. Fue el editor, el señor John F. Killer, al que deseo expresar aquí mi agradecimiento por la diligencia mostrada en la publicación del último trabajo del profesor Hogarth, el que propuso el título: *La voz del amo*. Quisiera también manifestar mi gratitud a la señora Rosamond T. Shelling, que tanto esmero puso en las tareas de preparación del texto y que se encargó de realizar la última corrección de pruebas.

Profesor Thomas V. Warren
Departamento de Matemáticas
de la Universidad de Washington
Washington D. C., abril de 1996

PREFACIO

Más de un lector se sentirá escandalizado al leer las palabras que siguen a continuación, pero yo considero que forma parte de mi deber dejarlas por escrito. He de confesar que nunca antes había redactado un libro como este y, como no es habitual que un matemático preceda sus obras con confesiones de carácter personal, bien podría habérmelas ahorrado.

Por circunstancias ajenas a mi voluntad, me he visto involucrado en los acontecimientos que procederé a relatar acto seguido. Más adelante explicaré las razones concretas por las que este texto viene precedido de una especie de confesión. Soy consciente de que, cuando uno desea hablar sobre sí mismo, debe situar su persona en un marco de referencia. En este caso, me gustaría remitir al lector a la biografía, recientemente publicada, que escribió sobre mí el profesor Harold Yowitt. Yowitt considera que mi forma directa de abordar las

cuestiones más candentes de nuestros días me ha convertido en uno de los grandes cerebros de nuestro tiempo. Apunta que mi nombre ha estado siempre presente en todos aquellos momentos en los que nos hemos topado con la amenaza de una radical destrucción del patrimonio científico y la aparición de nuevos conceptos, como fue el caso de la revolución matemática, la fisicalización de la ética y el Proyecto MAVO.

Cuando, en mi lectura, llegué al instante en el que se mencionaba el tema de la destrucción, albergué la esperanza de que, tras comentar mis devastadoras inclinaciones, las conclusiones fueran rotundas y atrevidas, y de haber encontrado al fin a un auténtico biógrafo. He de confesar que aquello no me alegró en absoluto, porque una cosa es desnudarse uno mismo y otra que lo desnuden a uno. Sin embargo, Yowitt, como si se hubiera asustado de su propia perspicacia, elige dejar de ser consecuente y acaba regresando a esa trillada imagen de mi persona según la cual yo tendría tanto de trabajador tenaz como de modesto genio, citando incluso algunas anécdotas de un manido repertorio.

Así que, con la conciencia tranquila, devolví el libro a la estantería, junto al resto de mis biografías, sin que se me pasara por la cabeza que en breve me encontraría arremetiendo contra el adulador retratista. Me di entonces cuenta de que quedaba muy poco sitio en la estantería. Recordé lo que en su día le había dicho a Yvor Baloyne: que en cuanto la estantería estuviera repleta de libros, me moriría. Él se tomó el comentario a broma, y yo no insistí, a pesar de estar plenamente convencido de la veracidad de mis palabras, que por muy absurdas que a él le pudieran parecer no dejaban de ser verdaderas para mí. Pero, volviendo a Yowitt, me tranquilizó saber que la suerte me había sonreído una vez más —o, si prefieren, todo

lo contrario—, y que a mis sesenta y dos años, con veintiocho tomos dedicados a mi persona, seguía siendo un perfecto desconocido para el público. No sé yo si hay mucha más gente en el mundo que pueda decir algo así.

El profesor Yowitt escribió sobre mí siguiendo unas reglas que no había fijado él mismo y que se basan en que no todos los personajes públicos se pueden medir con el mismo rasero. Está permitido, por ejemplo, airear las miserias de los grandes artistas y, de hecho, algunos de sus biógrafos parecen incluso convencidos de que el alma de un artista debería esconder una cierta ruindad. A los grandes científicos se les sigue tratando, sin embargo, de acuerdo con antiguos estereotipos. Los artistas son percibidos como espíritus encadenados a sus cuerpos, de modo que a un especialista en literatura se le permite hablar de la homosexualidad de Oscar Wilde, pero no es fácil imaginar que un biógrafo trate de igual manera a los grandes físicos. La humanidad necesita individuos inquebrantables y perfectos, y los cambios que a lo largo de la historia se han producido en la imagen del científico se limitan a los cambios de residencia. Un político puede ser un canalla sin dejar de ser un gran político, pero un genio canallesco es una *contradictio in adiecto*: la villanía excluye la genialidad. Las normas actuales así lo exigen.

Es cierto que, en cierto momento, un grupo de psicoanalistas de Michigan intentó cambiar ese estado de cosas, pero sus conclusiones acabaron pecando de triviales. Estos hombres atribuyeron la tendencia a teorizar que caracteriza a los físicos a su inhibición sexual. Es bien sabido que la doctrina psicoanalítica descubre en el ser humano una bestia ensillada por la conciencia. Y los resultados que esta opresión produce son tan nefastos que el animal nunca acaba de encontrarse

del todo cómodo bajo el piadoso jinete. Además, tampoco el jinete se encuentra mejor en su posición dominante, ya que no puede dejar de esforzarse no solo en domeñar a la bestia sino también en hacerla invisible. La concepción según la cual llevamos dentro un viejo animal montado a pelo por una conciencia nueva nos llega a través de un cúmulo de primitivismos mitológicos.

El psicoanálisis ofrece verdades de una manera infantil que nos recuerdan a nuestros años escolares: nos va revelando, precipitadamente y con brutalidad, cosas que nos chocan y que, como tales, demandan nuestra atención. En ocasiones, como es el caso, una simplificación chapucera tiene el mismo valor que una mentira, da igual lo próxima que en realidad se encuentre a la verdad. Una vez más, aparecen ante nosotros el demonio y el ángel, la bestia y el dios, fundidos ambos en un abrazo maniqueo, y una vez más el hombre se absuelve a sí mismo y pasa a considerarse un campo de batalla de fuerzas que lo han invadido, que se han apoderado de él por completo y campan a sus anchas en su interior. Así que el psicoanálisis es sobre todo un «escolarismo». Lo que ha de explicar al hombre son los escándalos, y todo el drama de la existencia se desarrolla a medio camino entre lo inmundo y la cultura que se esfuerza en sublimar esos instintos reprobables.

Dicho esto, en realidad debería estar agradecido al profesor Yowitt por haber mantenido mi clásica imagen y no haber echado mano del método de los psicólogos de Michigan. No es mi intención describirme a mí mismo mejor de lo que lo hubieran hecho ellos, pero sinceramente pienso que existe una diferencia entre una caricatura y un retrato.

No creo, sin embargo, que la persona objeto de una biografía disponga de un conocimiento sobre sí misma mayor que

el que poseen sus biógrafos. La posición de estos últimos me parece más cómoda, pues pueden atribuir ciertas confusiones a la falta de datos, de manera que dejan entrever que, si el protagonista estuviera vivo y así lo deseara, podría suministrar la información necesaria para completar esas lagunas. El protagonista, sin embargo, no dispone de otra cosa que de hipótesis sobre su propia persona, hipótesis que quizá merezcan interés como meras creaciones de su imaginación, pero no necesariamente como las piezas indispensables que faltan.

Con un poco de fantasía, prácticamente cualquiera podría escribir toda una serie de autobiografías en las que solo coincidieran las descripciones de los hechos. Sé que hay personas francamente inteligentes, aunque jóvenes e inexpertas y, por ello, ingenuas, a las que mi anterior afirmación les parece producto del cinismo. Están equivocadas, pues no nos encontramos ante un problema moral, sino cognitivo. El número de creencias metafísicas no desmerece en cantidad al de las diferentes creencias que uno puede abrigar sobre sí mismo, y estas a veces se suceden en el tiempo, en las distintas fases de la vida, y a veces incluso se conciben simultáneamente.

Por eso no creo ser capaz de aportar sobre mi persona algo más que las impresiones que sobre ella tengo desde hace unos cuarenta años, y cuya única particularidad reside en que no resultan demasiado halagüeñas. Ese carácter mío poco adulador no se limita, sin embargo, al «arrancar la máscara» propio de la doctrina psicoanalítica. Por poner un ejemplo, cuando decimos que un genio es, desde el punto de vista ético, un canalla, no es que hayamos dado con las razones que motivan su infamia personal. Una mente que, tal y como establece Yowitt en su libro, «alcanza los límites de su época» no se verá afectada en modo alguno por ese tipo de diagnóstico. La

infamia de un genio puede consistir en su inutilidad intelectual, en la propia conciencia de la futilidad de toda su obra. La genialidad supone, sobre todo, un continuo dudar. Sin embargo, todos los grandes han acabado doblegándose ante la presión del público en general y no se han atrevido a derribar los monumentos que les han erigido en vida, evitando cuestionarse por lo tanto a sí mismos.

Si el hecho de ser una persona cuya genialidad ha sido avalada por decenas de eruditos biógrafos me da algún derecho a opinar sobre las cimas espirituales, lo único que se me ocurre decir es que la claridad de pensamiento no consiste más que en un punto resplandeciente en un infinito espacio de oscuridad. El genio no es simplemente una luz, sino sobre todo la permanente percepción de la oscuridad circundante, de modo que, por lo general, la cobardía del genio consiste en bañarse en el propio resplandor y, mientras le resulte posible, no mirar más allá de sus límites. Independientemente de lo intensa que sea su auténtica fuerza, siempre queda un amplio residuo que no es más que el fingimiento de esa fuerza.

Considero que la cobardía, la ira y el orgullo forman parte indisoluble de mi carácter. Da la casualidad de que esa peculiar trinidad tuvo a su disposición un cierto talento que consiguió ocultarla y distorsionarla, al menos en apariencia. Además, dicho talento se vio apoyado en su labor por la inteligencia, una de las herramientas más útiles a la hora de enmascarar los rasgos innatos, si es eso lo que se desea. Llevo más de cuarenta años comportándome como una persona servicial y modesta, carente de las peculiaridades de la vanidad profesional. Y esto es así porque pasé mucho tiempo entrenándome con perseverancia para actuar de esa manera. Ya en la más temprana infancia, según creo recordar, pasaba

mucho tiempo enfrascado en la labor de «buscar el mal», cosa de la que, como es natural, no era en absoluto consciente en aquellos tiempos.

Mi maldad era isotrópica y completamente desinteresada. En ciertos lugares respetables, como las iglesias, o en presencia de personas venerables, no podía evitar pensar en lo que me estaba prohibido. El hecho de que el contenido de esos pensamientos fuera ridículamente infantil no tiene la menor importancia. Yo me limitaba a realizar mis propios experimentos en la medida de las posibilidades que me ofrecía el momento en cuestión. Me declaro totalmente incapaz de recordar cuándo empecé con dichos experimentos. Solo recuerdo el terrible desconsuelo, el enfado y la decepción que me acompañaron después durante años tras llegar a la conclusión de que, por muy repleta que una cabeza estuviera de malos pensamientos, nunca, en ningún lugar ni circunstancia, sería partida por un rayo, y de que la violación del orden natural no acarrea ninguna consecuencia, ninguna en absoluto.

Con apenas unos años de edad, yo ya deseaba que ese rayo, o cualquier otra forma terrible de castigo, cayera sobre mí. No dejaba de invocarlos, a mi manera, y llegué a odiar un mundo que había demostrado a los seres vivos lo fútil de cualquier acción, también de las malas, sobre el pensamiento. Ese fue el extraño motivo que hizo que jamás me ensañara con los animales, ni siquiera con la hierba. Sí me ensañé, en cambio, con las piedras y con la arena, maltraté los muebles, la tomé con el agua, y en mis pensamientos hice añicos las estrellas para castigarlas por el solo hecho de que mi persona no les importara nada. Es más, a medida que me iba dando cuenta de lo ridículo y estúpido de mis acciones, fui entregándome cada vez más a una impotente ira.

Algo más tarde, fruto del autoconocimiento, llegaría a considerar mi estado como una especie de profunda desgracia con la que no se podía hacer nada en absoluto, porque cualquier acción resultaría del todo inútil. He dicho que mi maldad era isotrópica, y así era, pues la dirigía hacia mí mismo en primer lugar. La forma de mis manos, mis propias piernas, las facciones de la cara reflejadas en un espejo me irritaban y me impacientaban como solo suelen hacerlo nuestros congéneres. Después, cuando crecí, llegué a la conclusión de que no era posible vivir de aquella manera y tomé una serie de decisiones sobre cómo debería comportarme en realidad. Llevo esforzándome desde entonces, unas veces con mayor y otras con menor fortuna, en cumplir con el programa que yo mismo me he establecido.

Una autobiografía que empieza por enumerar la ira, el orgullo y el miedo como fundamentos del espíritu lleva implícito, desde un punto de vista determinista, un error de lógica, ya que si consideramos que todo en nosotros está predeterminado, mi protesta contra la maldad interior también estaría predeterminada, y la diferencia entre mí y otras personas supuestamente mejores que yo consistiría solo en la distinta ubicación de la fuente de nuestras respectivas acciones. Lo que otros, fieles a su inclinación natural, hacían de buena gana y con poco esfuerzo, yo lo hacía *contra natura*, y, por lo tanto, de una manera algo artificial. Pero, por otro lado, quedaba claro que era yo quien me imponía aquellas acciones, de modo que —desde esa perspectiva— en un balance global, resultaba que yo, de hecho, estaba predestinado al auténtico bien. Al igual que Demóstenes se metió una piedra en su tartamudeante boca, yo había introducido un trozo de hierro en el interior de mi alma para enderezarla.